

Edmond Jabès o la hospitalidad de la palabra

Edmond Jabès

El libro de la hospitalidad

Françoise Roy (trad.), edición bilingüe, Aldus,
México, 2002, 156 págs.

Marga Canseco

Edmond Jabès nació en El Cairo en 1912. Un fallo en el registro de la fecha de nacimiento marcó el comienzo de su vida. En palabras del autor: "La primera manifestación de mi existencia fue la de una ausencia que llevaba mi nombre". Jabès provenía de una familia sefardí y tenía nacionalidad italiana. En su formación primó la cultura francesa: estudió en escuelas francesas y desde muy joven leyó a Rimbaud, Mallarmé, Baudelaire y Max Jacob, al que admiró profundamente. Fundó en 1944 la agrupación Amitiés Françaises, que promovía la cultura y las letras francesas. En 1957 se vio obligado a dejar Egipto por la apresurada expulsión de las minorías no musulmanas. Después de este exilio ya no volvió a Egipto. Jabès se trasladó a París, donde pronto su obra fue reconocida por grandes escritores y pensadores franceses como Maurice Blanchot, Jacques Derrida, Gabriel Bounoure. En 1967 optó por la nacionalidad francesa. Murió en París en 1991.

Sus primeras obras se remontan a la poesía, género del que no pudo desprenderse, en su esencia, afortunadamente, en su escritura posterior: *Je bâtis ma demeure* (1943-1957) y *Chansons pour le repas de l'ogre* (1943-1945) son dos de los poemarios que escribió durante la Segunda Guerra Mundial. Jabès publicó diez libros antes de *El libro de las preguntas* (1963-1973), su obra cumbre por un sinfín de motivos, que consta de siete títulos en dos volúmenes, y que fue traducida al español hasta 1990 por Siruela. En 1976 publicó *El libro de las semejanzas*. A éste le siguieron *Le livre des marges*, *Le livre du dialogue*, *L'appel*, *Poésies complètes*, entre otros. Una de sus últimas creaciones se titula *El libro de la hospitalidad* (1991).

La obra de Edmond Jabès ha sido traducida al español con cuentagotas para desgracia de sus lectores, y hasta ahora no se han publicado más de cinco libros. Por eso la edición en español de *El libro de la hospitalidad* es un grato privilegio para quienes no dejamos de fascinarnos con ese don de la escritura que busca desentrañar y revelar, desde el umbral, lo indecible y desconocido. La osada tarea de hallar rostro a la ausencia es una constante en la obra de este escritor. Su errancia por los territorios de la palabra ha quedado plasmada en obras tan inmensas como *El libro de las preguntas*, *El pequeño libro de la subversión fuera de sospecha* y *El libro de las semejanzas*. Estos libros brotan de la obstinación de Jabès por la escritura y por llegar a los umbrales del ser. Así resume

el autor su experiencia literaria en *El libro de la hospitalidad*:

Yo formé cuerpo, desde siempre, con la pregunta y dejé que el libro me sostuviese.

Yo he enfrentado la semejanza y asumido la subversión.

Me he dedicado a circunscribir lo real y lo irreal; la ausencia y la presencia; la vida y la muerte, la palabra y el silencio.

He ampliado el diálogo y definido lo que era compartir.

Edmond Jabès escribió *El libro de la hospitalidad* en sus últimos años de vida. Esta obra se publicó en Francia en 1991, año de su muerte. Su propio ocaso delata la imagen cercana de la muerte, inquietud revelada en el comienzo del libro: "Envejecer: la vida empieza a olvidarme; la muerte, a reconocermé, había escrito. Este mismo hecho traza con más rotundidad las fronteras de la escritura, el fin último del escritor. Así lo expresa "Escribir, ahora, únicamente para que sepan que un día dejó de existir".

En las páginas de Edmond Jabès multitud de voces hablan por la boca del autor, que oculta su único semblante; así él se vuelve ajeno al propio libro. De súbito aparecen figuras como la del rabino, maestro hermenéuta y descifrador del libro eterno, el texto sagrado por excelencia. También pululan todo tipo de sabios imaginarios que se involucran con otras voces en diálogos acerca de la muerte y la vida, la escritura, el exilio, la condición del judío y Dios. Jabès opta por una escritura fragmentaria que rompe la continuidad y linealidad, y de ella se sirve para escapar de la prohibición de la representación de lo divino. Elige el diálogo, la reflexión y la meditación poética en una suerte de mezcla impalpable en la que se despliega la interrogación infinita y se expande sin medida de libro en libro. Cada uno forma parte de la palabra que cuestiona, del nombre que va en el constante devenir de las hojas para, al final, proclamar que la obra nunca se consuma, porque el libro es inasible, subversivo; siempre se busca a sí mismo. El escritor aborda lo ilegible en su única forma: la metáfora. La escritura camina del sonido al silencio, de lo visible a lo invisible, de la vida a la muerte, en un intento por restituir la totalidad de Dios con palabras: búsqueda del libro dentro del libro sagrado y eterno, revelación de la presencia del libro. Influidor por la tradición del pensamiento judío, sobre todo de las enseñanzas cabalísticas, "la palabra me condujo pacien-

temente hacia el libro. El judaísmo me familiarizó con éste". Jabès se remonta al origen del libro, donde el comienzo era el verbo sagrado, el todo, pero al ser creado el hombre, el todo se hizo nada: de ella surgió la palabra, de la palabra, el libro y del libro, la subversión. Por eso, el todo permanece en la nada, nada que se reduce a una pregunta.

El escritor experimenta su soledad al convertirse en letra; el libro poco a poco lo consume. Esa entrada al laberinto de la escritura entraña una herida, único vehículo para hacer visible lo invisible, figura o representación, paso a ciegas por lo abismal. Escribir es poner nombre a la muerte, como dijo Jabès en otro momento: "La vida escribe lo que ha leído la muerte". Cada página en blanco es una sima, un agujero que obliga a escribir a partir de la nada. Acerca del destino del que escribe, opina el poeta Leopoldo María Panero: "Hay que producir un adelgazamiento progresivo hasta llegar únicamente a ser lo que es el libro". El autor se desdibuja por y para el libro. A la espera está el lector para descubrir su propia condición subversiva; viene la retirada y el adiós del autor; entonces la obra se hace deudora del lector. Jabès escribe: "De ti, me despido, mas viviré de tu lectura".

Como en sus obras anteriores, *El libro de la hospitalidad* habla desde la poética de la pregunta como única manera de descifrar e interpretar el texto, el mundo y al hombre. El libro es una interrogación y la infinidad de respuestas no dejan de ser preguntas. En la escritura la interpelación es el mecanismo creativo por excelencia, surge de la duda y la contradicción, y acaba siendo oxímoron o encrucijada de las palabras. La pregunta es oscura y creadora, y la respuesta es una precipitada lucidez que fulmina. La pregunta errante cede ante la hospitalidad de la palabra. La escritura recorre como un nómada el desierto, en el cual ve su alumbramiento (o nacimiento). Allí emprende una trayectoria hacia el vacío: "El libro no pertenece a nadie —le contestó otro sabio—. No pertenece más que a los vocablos de los cuales se libra, progresivamente. ¿Qué se vuelven aquéllos, una vez devueltos a su errancia? Nuestra indigencia, tal como la suya, es infinita". El desierto es la tierra de nadie, el lugar del silencio, silencio que se necesita para que brote el signo. Precisamente Dios revela su palabra en el silente devenir de la arena. El libro abre su morada a la palabra del hombre. Lo afirma en boca de un rabino: "Yo te bendigo, oh huésped mío, convidado mío, —dice el santo rabino—, pues tu nombre es: *El que avanza en el camino*". En el libro se sumergen palabras clave, como las llama Jabès: eternidad, muerte, nada, vocablos insondables a los que el hombre pertenece, pero

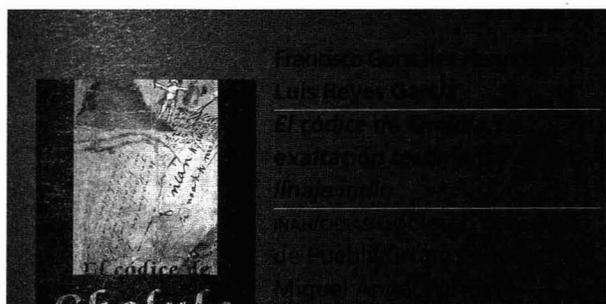
que no posee. Ése es el momento en que el nombre, y el hombre, se quedan en el camino.

Tratar de definir qué es la hospitalidad es para Jabès limitar lo infinito. El escritor no quiere clasificaciones definitivas, encerradas en su propio espacio, sino que, antes que consagrarla, pretende conferir amplitud a la palabra. Así, la hospitalidad comienza en el acto de dar al otro; dar y hacerlo huésped con el previo requerimiento de no conocerlo, de nunca haber contemplado su rostro, de olvidarlo continuamente: “Sólo puedo revelar mi nombre a quien no me conoce”, dice el escritor, y además “siempre serás el huésped de mi alma, aunque yo desconozca quién eres”. Porque la hospitalidad se otorga al desconocido, al viajero perdido que la precisa para su supervivencia. La hospitalidad nómada, la del desierto, busca el anonimato del otro para consumarse. También el exiliado, el extranjero, deja en manos de la hospitalidad su existencia en el libro: “Inconmensurable es la hospitalidad del libro”. El ser hospitalario aloja en su estancia al que ya tiene una figura adjudicada, un rostro señalado, aunque borrado, como el del judío que tanto parece serlo: “Acoger al otro por su sola presencia, a nombre de su propia existencia, únicamente por lo que él representa”.

“Generosidad de lo invisible. Nuestra gratitud es infinita. El criterio es la hospitalidad”, expresa el escritor. La hospitalidad nace de la unidad, constituida en sus partes, donde cabe todo. Surge de la contradicción y del espacio de las convergencias; incluye a la nada, que se hizo nada con el todo. La manifestación de lo ilimitado escoge el camino de aquella palabra, la pauta que lo lleva a ofrecer sin más.

La hospitalidad no se trata de una gracia recíproca, no se puede dar sin que haya una espera: el viajero sabe que su camino tiene un fin que lo aguarda. Asimismo, la hospitalidad ya está ahí antes de ser pronunciada.

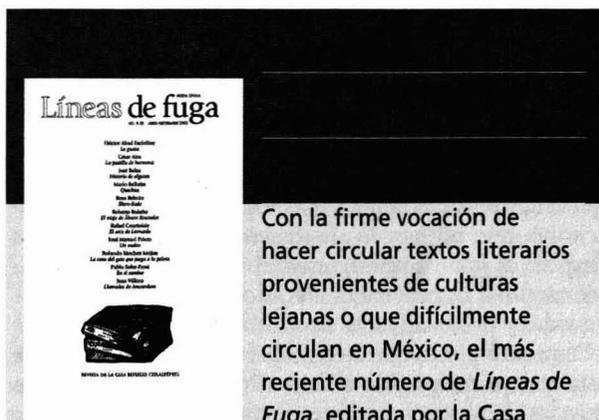
Jabès compara la condición del judío con la condición de la palabra; sus historias se originan a partir de la misma necesidad y les deparan un recorrido semejante: la errancia, el exilio, la exclusión, el olvido. Al final ambos precisan de la hospitalidad para ser, para proseguir la andadura. Los libros de Edmond Jabès dejan abierta su morada al lector, en un acto de ilimitada hospitalidad, para que habite el libro total, para que lo deletree vocablo a vocablo. No nos queda a nosotros, lectores, nada más que cerrarlo, ovalarlo hasta formar el bucle incesante que nació con la pregunta. Y volver de nuevo a borrar el libro. ©



El conocimiento sobre el pasado de Cholula, siempre envuelto en el misterio, ha sido objeto de las más

rebuscadas elucubraciones. Ciudad sagrada de los tolteca-chichimecas a la llegada de los europeos, Cholula pronto se incorporó al discurso histórico de la época moderna como rehén desangrado de las acciones de conquista más rapaces.

En esta edición se optó por recurrir a procedimientos lingüísticos actualizados y a un mayor apego semántico al texto indígena original. Por primera vez se ofrece el análisis y la traducción castellana de uno de los textos inscritos en ambos lados del pliego pictográfico original en amate, desplegando una gran riqueza antes desconocida.



Con la firme vocación de hacer circular textos literarios provenientes de culturas lejanas o que difícilmente circulan en México, el más reciente número de *Líneas de Fuga*, editada por la Casa

Refugio Citlaltépetl, está dedicado a la literatura hispanoamericana.

Con textos desconocidos de autores con el renombre de César Aira, José Balza, Mario Bellatin, Héctor Abad Facioline, Rosa Beltrán, Roberto Bolaño, Rafael Courtoisie, José Manuel Prieto, Rolando Sánchez Mejías, Pablo Soler Frost y Juan Villoro, *Líneas de Fuga* continúa con la gran tarea de dar voz a la reflexión y la creación de autores que difícilmente veremos reunidos bajo un mismo sello.